



Cuerpos rotos y esperas burocráticas: un relato etnográfico desde la frontera en Melilla

Elisa Floristán Millán¹  
Universidad de Alicante

Resumen

Este artículo presenta un relato etnográfico situado en la Ciudad Autónoma de Melilla, en el Estado español. Se centra en la experiencia de Younes, un joven de origen marroquí que transita de un centro de menores a la situación de irregularidad administrativa al alcanzar la mayoría de edad. A través de la observación participante y de una serie de encuentros marcados por la imposibilidad de realizar una entrevista formal, el texto analiza cómo la frontera no solo actúa como un límite geográfico, sino como un dispositivo de control que impacta profundamente en las trayectorias de los jóvenes migrantes. Se exploran las somatizaciones del sufrimiento institucional – identificadas por el protagonista como una «bola de fuego» o un «demonio interior» – y se cuestionan las limitaciones de las metodologías extractivas de datos en contextos de vulnerabilidad extrema. El relato concluye con una reflexión sobre la ética de la investigación en las fronteras, proponiendo que la labor académica en estos espacios debe trascender la recolección de información para convertirse en un ejercicio de amplificación de voces y denuncia de la violencia estructural.

Palabras clave

Frontera. Etnografía. Jóvenes migrantes no acompañados. Violencia institucional.

1. Área de Antropología, Departamento de Humanidades Contemporáneas (Universidad de Alicante).

Corpos mutilados e espera burocrática: um relato etnográfico da fronteira em Melilla

Resumo: Este artigo apresenta um relato etnográfico situado na Cidade Autónoma de Melilha, no Estado espanhol, centrado na experiência de Younes, um jovem de origem marroquina que transita de um centro de menores para uma situação de irregularidade administrativa ao atingir a maioridade. Através da observação participante e de uma série de encontros marcados pela impossibilidade de realizar uma entrevista formal, o texto analisa como a fronteira não atua apenas como um limite geográfico, mas como um dispositivo de controle que tem um impacto profundo nas trajetórias dos jovens migrantes. São exploradas as somatizações do sofrimento institucional – identificadas pelo protagonista como uma «bola de fogo» ou um «demônio interior» – e questionadas as limitações das metodologias extrativas de dados em contextos de extrema vulnerabilidade. O relato conclui com uma reflexão sobre a ética da investigação nas fronteiras, propondo que o trabalho acadêmico nestes espaços deve transcender a recolha de informação para se tornar um exercício de amplificação de vozes e denúncia da violência estrutural.

Palavras-chave: Fronteira. Etnografia. Jovens migrantes desacompanhados. Violência institucional.

Broken bodies and bureaucratic delays: an ethnographic account from the border in Melilla

Abstract: This article presents an ethnographic vignette set in the Autonomous City of Melilla, in Spain, focusing on the experience of Younes, a young man of Moroccan origin who transitions from a childhood protection centre to a situation of administrative irregularity upon reaching the age of majority. Through participant observation and a series of encounters marked by the impossibility of conducting a formal interview, the text analyses how the border acts not only as a geographical boundary, but also as a control mechanism that has a profound impact on the trajectories of young migrants. The somatisation of institutional suffering – identified by the protagonist as a ‘ball of fire’ or an ‘inner demon’ – is explored, and the limitations of extractive data methodologies in contexts of extreme vulnerability are questioned. The account concludes with a reflection on the ethics of research at borders, proposing that academic work in these spaces should transcend the collection of information to become an exercise in amplifying voices and denouncing structural violence.

Keywords: Border. Ethnography. Unaccompanied migrant youth. Institutional violence.

Introducción

La migración juvenil es un fenómeno histórico, pero su emergencia como objeto de atención multidisciplinar independiente es reciente (Ensor; Gozdzia, 2011; Lems *et al.*, 2019). Este debate se intensificó a principios del siglo XXI, impulsado por la ratificación casi universal de la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño (UNICEF, 2006) y la posterior cristalización de la figura jurídica de los Menores Extranjeros No Acompañados (MENA). Esta categoría, que exige a los Estados protección y asistencia especiales (Art. 20 y 22 de la CDN), prometía un marco legal progresista hacia una ciudadanía posnacional e inclusiva (Beck; Sznaider, 2006; Delanty, 2006).

Sin embargo, el creciente conjunto de investigaciones empíricas ha revelado una paradoja central en el estudio de la movilidad infantil y juvenil. A pesar del marco jurídico garantista, su condición en movimiento está marcada por desilusiones, inconsistencias políticas y eventos traumáticos (Orellana *et al.*, 2001). La literatura crítica en ciencias sociales ha demostrado que la figura jurídica de MENA no ha servido pri-

mariamente como instrumento de protección, sino como un dispositivo de gubernamentalidad restrictiva que amplifica (Monteros, 2018) y coloniza (M'charek, 2020) un fenómeno de movilidad preexistente.

En el caso español, esta figura se inscribe en un marco legal antagonista que construye al joven migrante a través de una doble posición subalterna. Desde la Ley Orgánica de Extranjería (4/2000), son considerados migrantes indocumentados bajo un marco securitario; en cambio, desde la Ley Orgánica de Protección Jurídica del Menor (1/1996), son sujetos a tutelar. Según Marmié (2025), esta dualidad los convierte en sujetos desviados, demasiado migrantes para ser protegidos y demasiado menores para ser expulsados. Esta tensión se traduce en un maltrato institucional y la vulneración de derechos básicos (Marmié, 2025) les plus jeunes aussi bravent les dispositifs sécuritaires pensés par et contre des adultes. Et lorsque les contours de l'âge deviennent incertains, en l'absence de documents d'identité ou par la mise en doute de leur authenticité, c'est tout un édifice moral, juridique et bureaucratique qui vacille : comment encore protéger l'enfance lorsque sa définition ne va plus de soi ? Alors que la catégorie administrative des « Mineurs Non Accompagnés » (MNA, como la lentitud en la tramitación de permisos o las controvertidas pruebas de determinación de la edad (Rodríguez García de Cortázar, 2018).

Dentro de los recursos de protección, autoras como Empez Vidal (2014), Mendoza (2017) o González (2018) han denunciado situaciones de violencia cotidiana: falta de higiene, infraestructuras inadecuadas y sobreocupación. A esta gubernamentalidad restrictiva se suma la instrumentalización política reciente. El auge de discursos de extrema derecha desde 2018 ha convertido al MENA en un chivo expiatorio y una etiqueta biopolítica que oculta una heterogeneidad de origen, clase y género (Suárez-Navaz; Jiménez Álvarez, 2011).

Frente a la centralidad de la vulnerabilidad en el discurso hegemónico, la investigación empírica ha identificado a estos jóvenes como actores capaces de navegar las restricciones (Jiménez Álvarez, 2011), desplegando estrategias que escapan al control adulto impulsadas por el deseo de una vida digna (Vacchiano, 2018). Sin embargo, existe un vacío analítico: la ausencia de un marco que conceptualice sus acciones como práctica de ciudadanía activa y soberana.

Es precisamente en esta encrucijada donde se sitúa el presente trabajo, que no se articula como un análisis aséptico de resultados, sino como un relato etnográfico gestado en el epicentro mismo del trabajo de campo. Escrito al calor de los acontecimientos, este relato busca dar cuenta de las realidades que habitan la ciudad de Melilla, un espacio donde la frontera no es solo un muro físico, sino un dispositivo que quiebra cuerpos y trayectorias vitales.

A través de la figura de Younes², un joven que transita de la tutela pública a la exclusión de la irregularidad administrativa, se exponen las cicatrices invisibles de la violencia institucional (Jiménez Álvarez, 2011). De forma concreta en el contexto de la Frontera Sur europea, me encontré con jóvenes que, tras haber sido considerados como MENA, habían sido expulsados del Sistema de Protección a la Infancia al cumplir la mayoría de edad sin haber obtenido la renovación de su documentación administrativa. Si bien el paso por el centro de menores no era ni mucho menos amable (Empez Vidal, 2014; Mendoza, 2017), la realidad posterior los condenaba a la irregularidad y el miedo a la deportación (De Genova, 2002).

Es necesario precisar que un centro de menores en el Estado español funciona como una institución de protección pública bajo la tutela de la administración autonómica correspondiente. En el caso de los jóvenes clasificados como MENA en la frontera de Melilla, estos espacios operan en una zona de alta presión fronteriza. Los jóvenes llegan a ellos tras haber cruzado la frontera de forma irregular (saltando la valla, por mar o a través de los pasos fronterizos) y ser interceptados por las fuerzas de seguridad o presentarse voluntariamente ante la administración para solicitar protección. Aunque jurídicamente son espacios de cuidado para garantizar los derechos de la infancia, en la práctica, la saturación o la ubicación en antiguos recintos militares que los dotan de una estética de confinamiento, sirven como mecanismo de contención de su movilidad. Estos adolescentes, procedentes principalmente del Magreb y de África Subsahariana, inician aquí un proceso de filiación y determinación de edad que marcará su futura (in) capacidad para obtener un permiso de residencia al alcanzar la mayoría de edad.

Esta investigación se apoya en una etnografía multisituada (Hannerz, 1998; Marcus, 1995) que, entre 2020 y 2022, acompañó los itinerarios migratorios de jóvenes migrantes a lo largo de un eje transnacional que conecta Marruecos, España y Francia. El diseño de campo responde a la necesidad de capturar una realidad marcada por la hipermovilidad, la clandestinidad y la violencia institucional. El terreno de anclaje inicial del trabajo de campo fue Melilla, una Ciudad Autónoma española situada en el norte de África, rodeada por territorio marroquí y el Mar Mediterráneo. Junto con Ceuta, constituye la única frontera terrestre de la Unión Europea en el continente africano.

Esta frontera no es solo una división administrativa, sino un dispositivo de seguridad compuesto por una triple valla de seis metros de altura, equipada con tecnología de vigilancia avanzada. En el imaginario migratorio, Melilla se erige como un espacio de intensa ambivalencia: es, simultáneamente, un punto de deseo y esperanza por alcanzar territorio europeo y un espacio de espera circular y atrapamiento. Para muchos

2. Tanto la figura de Younes como el resto de los sujetos que aparecen en el relato se encuentran contruidos a partir de la realidad etnográfica vivida y sus nombres se encuentran anonimizados.

jóvenes migrantes, la ciudad funciona como un limbo geográfico y jurídico donde los tiempos de la burocracia y las políticas de control fronterizo suspenden sus proyectos vitales, convirtiendo el pasaje a la península en una meta a menudo inalcanzable. Es en este territorio fronterizo en donde ocurre el relato.

Sin embargo, la naturaleza de la investigación exigía la multilocalidad debido a la movilidad intrínseca de los interlocutores. La adopción de la etnografía multisituada no fue una simple elección técnica, sino una posición epistemológica que confronta el nacionalismo metodológico (Wimmer; Glick Schiller, 2002). Asumir este paradigma habría reducido la experiencia de estas chicas y chicos a los límites del Estado-nación, obscureciendo su subjetividad transnacional. Mi investigación ha colaborado con decenas de interlocutores diversos en espacios y momentos de su proceso migratorio diferentes. Sin embargo, la gran mayoría de dichos interlocutores fueron jóvenes varones de origen marroquí.

La narración asume y expone mis contradicciones personales como investigadora en un terreno etnográfico violento (Green, 1995) en el que mis participantes somatizan en sus cuerpos la deportabilidad y el atrapamiento. Me debato entre la urgencia de cumplir con las métricas académicas – la tesis doctoral, el número de entrevistas, los plazos – y el impacto emocional de presenciar el desmoronamiento de los participantes de mi investigación con los que convivo. En estas páginas se hace evidente la incompatibilidad que, a menudo, surge entre la labor de recolección de datos y el compromiso ético y humano con las personas investigadas.

En este sentido, el artículo plantea una aproximación crítica tanto en la metodología como en su redacción final. Por un lado, se argumenta que las herramientas clásicas de las ciencias sociales, como la entrevista semiestructurada o la grabación de audio, resultan insuficientes y, en ocasiones, violentas cuando se aplican en contextos de vulnerabilidad extrema (Cuéllar, 2005). La “bola de fuego” en la garganta de Younes o “demonio interior” no son solo metáforas de su padecimiento, sino límites infranqueables para una academia que busca encasillar el dolor en categorías citables bajo normativa académica.

Por otro lado, el texto se encuentra escrito a modo de relato. En él profundizo sobre mi propia posición como antropóloga en el campo. Aparecen diversas preguntas retóricas que formaron parte de mi trabajo de campo, junto con otras preguntas de investigación. Ambas, las más personales y las más científicas, conviven en este texto porque conviven en el azar metodológico (González Abrisketa, 2011). Así mismo, considero que es a través de este tipo de descripciones densas del que hacer antropológico que se puede entender y reflexionar sobre las relaciones con los participantes de nuestras investigaciones.

Con todo esto, se propone una adaptación de la mirada etnográfica: una que acepte la interrupción, el silencio y la indisposición como fuentes de conocimiento. Frente a la violencia fronteriza que asfixia a los jóvenes migrantes, este relato apuesta por una etnografía que, más que extraer información, se reconozca como un espacio para amplificar voces que el sistema insiste en silenciar.

1 Etnografía de una ausencia. El relato de las entrevistas inconclusas

A continuación, se presenta el cuerpo del relato etnográfico, donde mi voz como investigadora y la de Younes, el participante protagonista, se entrelazan en cuatro actos: la espera, la ruptura administrativa, la somatización del dolor y la quiebra metodológica.

1.1 “Ahogado”. El escenario de la espera

Dice que tiene el demonio dentro. De madrugada le oyen llamar a su mamá.

Ya es la quinta noche en la que me despierto empapada en sudor. Enciendo la lamparita de la mesilla. Miro el móvil. Todavía son las cuatro de la mañana, todavía me quedan unas horas para despertarme. Me levanto a beber un vaso de agua. Por costumbre abro el grifo de la cocina. Un hilo fino tintinea hasta que se agota. A veces se me olvidan los cortes de agua en Melilla. Agarro la garrafa que está bajo el alfeizar de la ventana. Entra aire por la ventana. Lo agradezco. Hace demasiado calor, pero no el suficiente como para pensar que tengo yo también el demonio dentro de mí.

Me tiemblan los brazos al coger la garrafa. Otra noche no atino a llenar el vaso y encharco el suelo. ¡Mierda! ¡Ni la tesis doctoral, ni el vaso de agua, ni nada! A tientas, sin querer encender la luz, encuentro la fregona y limpio el suelo de la cocina. Vuelvo a mi habitación. Miro el móvil. Abro el chat de Younes “¿Nos vemos mañana a las 16 para la entrevista?”. Vacío desde ayer.

Le conocí hace unos meses cuando era todavía menor de edad y estaba dentro del Centro de Primera Acogida Fuerte La Purísima de Melilla. Nos encontramos por primera vez en la playa, participando en unas actividades que organizaban unas voluntarias de una ONG que trabaja con jóvenes marroquíes en situación de calle en la frontera. Aunque Younes no estaba en situación de calle, le gustaba venirse a jugar al fútbol. Yo solía acudir a aquellos encuentros porque era una forma amable y menos jerárquica de relacionarme con estos chicos. El resto de alternativas que había encontrado para relacionarme con ellos – los propios centros de menores, los espacios cerrados de distintas asociaciones, los centros para solicitantes de asilo, etc. – eran

demasiado institucionales y siempre implicaban la presencia de un trabajador o educador social. “Perdona, Elisa, que te interrumpa, pero los chicos ya se tienen que ir”. ¡Es que así no se puede!

Quitando las excusas con las que me justifico a mí misma, siento, en lo más hondo, un pudor inmenso de pedir una entrevista. Tengo 3, pero deberían ser 10. ¡Qué desastre! ¡Parecía más fácil en la carrera!

Younes llegaba siempre enfadado a la playa. Así fue desde siempre y la primera vez que le conocí. “Cuando salga del centro me piro de puta Melilla”. Enarcaba las cejas y, de primeras, nunca saludaba a nadie. Le quitaba el balón a quien lo tuviera y daba chutes él solo hasta que alguien le llamaba la atención por acaparar la bola.

Nos unieron nuestras conversaciones sobre la ciudad. Él siempre me decía que se sentía ahogado. “Ahogado”. Anoté en mi diario de campo esta palabra. ¿Cuántos significados puede tener para una persona que migra? Ahogado. “Tengo como una bola de fuego, pero una bola de fuego azul. Y está como en la zona de la garganta. Me quema, me quema, y no puedo ni hablar, ni moverme. Me hace sentirme atrapado”.

Yo también me sentía bastante atrapada en Melilla, pero no tenía una bola de fuego en la garganta. Solo sudaba, no dormía. Era una doctoranda inepta, pero no tenía una bola de fuego. Prefería decirle que a mí Melilla me hacía sentirme muy fea. Llegaba a la playa, sudada, con los vaqueros pegados al cuerpo, el maquillaje derretido y el pelo despeinado. Younes me preguntaba que qué tal estaba y yo siempre le contestaba, sabiendo que le haría reír, que fea, que estaba fea. Le conté que toda la ciudad era más pequeña que Carabanchel, mi barrio. “¿Dónde está la cárcel!”, me decía. “¡En eso se parecen!”. Nos reíamos.

En los meses que llevábamos viéndonos yo había vuelto a Madrid un par de veces para hacer alguna gestión burocrática y ver a mis amigas. Siempre le decía con la boca pequeña que al día siguiente no nos veríamos en la playa porque me marchaba a Madrid. Cuando estaba en el avión, muchas veces me preguntaba si no estaría insultándome, si no le estaría haciendo rabiar. “Menuda puta pija”. A mí me fastidiaría muchísimo.

Empieza a amanecer y me despierto antes de que suene el despertador. Vuelvo a mirar el móvil y chequeo que no hay nada. Me meto en Instagram. Tampoco me ha escrito por ahí. Una publicación de mis amigas en la piscina del barrio. Menuda mierda.

Younes se mostró al principio reticente con mi propuesta de entrevista. “¿Grabadora?”, me preguntaba mientras me miraba como si fuera una desconocida. Al final accedió. Le dio mucha curiosidad conocer en qué consistía una entrevista que no iba a aparecer en televisión o en las redes sociales.

1.2 La mayoría de edad como frontera administrativa

Pero cuando Younes cumplió la mayoría de edad y fue expulsado del centro de menores esa propuesta comenzó a emborronarse. Lo que hasta ahora había sido un sueño – cumplir 18 años, ser considerado un adulto y poder salir de Melilla – se convirtió en una pesadilla – había salido con su permiso de residencia caducado y, por tanto, en situación administrativa irregular –. Melilla se sentía más cárcel que nunca.

Gracias a los informes del centro que acreditaban el excelente comportamiento de Younes, consiguió no quedarse en la calle y acceder a un recurso para jóvenes ex-tutelados. Este centro era un campo de fútbol cuyas taquillas y vestuarios habían sido convertidos en pequeños bungalós de PVC que ahora alojaban a chicos como Younes, de comportamiento excelente pero escasa suerte administrativa. Younes entró a vivir a ese centro mientras una abogada de una ONG denunciaba al gobierno de la Ciudad Autónoma de Melilla por las irregularidades en el caso y, al mismo tiempo, le expedía un permiso de residencia.

He decidido irme a desayunar a una terraza. ¿Estará Younes llamando a su mamá? Quizá es momento de que yo llame a la mía, igual eso espanta al demonio que nos persigue a todos en esta ciudad.

En cuanto Younes entró en este nuevo centro dejó de bajar a la playa. Al principio pensé que tenía que adaptarse: nuevos compañeros, nuevos educadores, nuevas reglas... Como seguía sin aparecer, empecé a escribirle de forma regular. ‘Younes! ¿Cómo va todo? ¿Ya adaptado al nuevo centro?’. No quería ser insistente, pero tampoco quería que se olvidara de mí. Reconozco que sobre todo no quería que se olvidara de la entrevista que habíamos acordado. Este chico me va a acabar odiando.

Habían pasado ya dos semanas desde su estancia en el centro cuando le propuse ir a buscarle para dar un paseo y hacer la entrevista. “Sí, claro, cuando quieras. Escríbeme cuando estés abajo y salgo, yo aviso al integrador de que vienes”. ¿Parece que esto avanza?! Emoción. Me puse nerviosa de repente. Le pregunté a mi compañera de piso la dirección del centro. No la sabía. Luego le pregunté si sabía dónde estaba el campo de fútbol. Eso sí que lo sabía. “¿Pero ahora eso es un centro?!”, se alarma. “No tienen vergüenza. Meten a chavales en cualquier lugar. Lo de esta ciudad es de pandereta. Llévate mi bici porque eso está lejísimos. Y prepárate para las cuestas”. Qué pereza.

Salí a la calle sobre las cuatro y media. Sólo estábamos yo y las farolas apagadas. La bicicleta que me había dejado mi compañera de piso era pesada y, en cada pedalada, sonaba un chirrido que parecía avisar a todos de que estaba en Melilla, de que no me había ido, de que seguía existiendo en esta ciudad. Girando una de las calles principales de la ciudad me pilló el cambio de guardia en la Comandancia General

de Melilla. Unos legionarios tocaban la trompeta, mientras otros hacían una coreografía que nadie estaba viendo. ¿Para quién actuaban? Paré la bicicleta y me dispuse a grabar. “Señorita está prohibido hacer fotos, le tengo que pedir que las borre”. ¡Pero, entonces, ¿para quién actuaban?!

La última parte del recorrido era un sube y baja de cuestas que me dejó exhausta. Que esto merezca la pena, me decía a mí misma. Caminé con la bicicleta en la mano por las calles con nombres de generales franquistas. Hace falta engrasar la cadena y los frenos, me dije. Agotada y sudada, candé la bici y me acerqué al campo de fútbol.

1.3 El cuerpo sitiado: somatizaciones y demonios

En cuanto llegué a la puerta se acercó un muchacho de más o menos mi edad con un peto corporativo en el que se leía “VIVIR ES URGENTE”. Qué barbaridad, pensé. El muchacho me preguntó con una sonrisa que quién era. ¿Quién soy? ¿Soy amiga de Younes? ¿Soy una investigadora? “Soy investigadora en la universidad y he venido para hablar con Younes, nos conocimos en las actividades de la playa que organizan las voluntarias de Contra Las Fronteras. Creo que os ha dicho que venía”. El integrador apuntó mi nombre en una hoja y me pidió que esperara. A los cinco minutos volvió. Me pidió disculpas. Younes no se encontraba bien y no podrá bajar. “Está indispuerto”. ¿Qué significa estar indispuerto? ¿A qué no se puede disponer? ¿Soy yo la que le indispongo?

Volví a casa preguntándome si el sol no estaba atizando más fuerte ahora que antes. ¿Qué le habrá pasado a Younes? Me intenté distraer volviendo por el paseo marítimo. Me compré un helado. Sentada mirando el mar, finalmente, me decidí a escribirle. ¿Qué tono debería tener el mensaje? ¿Cuánta preocupación debería mostrar? ¿Y si mi preocupación era entendida como una exigencia a quedar por mi parte? ¿Y si ya no quiere hacer la entrevista y no sabe cómo decírmelo? Opté por un mensaje tibio: “¡Hola Younes, ¿cómo estás? Me ha dicho tu integrador que has estado enfermo. ¿Necesitas algo?” Me arrepentí al instante, pero nunca se me ocurrió otra opción. Ya estaba enviado.

Cenaba con mi compañera de piso cuando mi móvil empezó a sonar. Younes en la pantalla. Señalo el nombre. “A ver qué excusita te pone ahora, que son estos muy tunantes”, me dice ella. Antes de coger la llamada noto que me late muy fuerte el corazón. Me planteo si dejar la llamada correr. Que espere. Ahora la indispuerta soy yo. Descuelgo el teléfono. “Discúlpame, hermana, me he puesto enfermo. Yo creo que es del aire acondicionado que me encontraba mal. Perdóname, hermana, sabes que no me gusta fallar ni hacer esperar. Veámonos mañana sobre la misma hora”. La conversación parecía ensayada. ¿Me quiere ocultar algo? ¿Pero por qué?

Al día siguiente repetí los mismos pasos. Como me retrasé, unos minutos porque mi compañera de piso había ocupado el baño, los guardias ya habían terminado su performance nacional. Pedaleé. Subí y bajé escaleras, sudé. Al llegar al campo de fútbol el integrador me reconoció. “Younes vuelve a estar enfermo, lo siento”. ¿Perdona? Me enfadé. ¿Si no quiere que le entreviste que lo diga, pero que no me haga perder el tiempo! Volví a casa impulsada por la rabia, o sea, a toda velocidad. ¿Pero este chaval de qué va? No fue hasta que entré en el portal que no me di cuenta de que había vuelto caminando y se me había olvidado la bicicleta en el campo de fútbol. Me senté en las escaleritas que precedían a la puerta del portal y me puse a llorar. Mi compañera de piso trabajaba al día siguiente por la mañana y necesitaría la bici. Volví caminando. Al menos ya hacía menos calor. Nunca pensé que la tesis me llevaría hasta aquí. Hasta la cuesta de la calle Por los Caídos de España.

Cuando llegué había unos chicos internos del centro detrás de los barrotes. “Te has dejado la bici”. Si es que soy ridícula. “Sí”, sonreí, sin ganas. Me sentía tan humillada. Todos me miraban fijamente.

No tenía fuerzas para demostrar seguridad. Estaba agotada. Los miré, directamente, y les pregunté, con sinceridad, “¿qué le ocurre a Younes?” Los chicos se miraron entre ellos. Parecía que se estaban organizando para hablar. ¿Quién se lo dice?

“A veces habla solo. A veces no puede levantarse de la cama. A veces da vueltas al campo de fútbol una y otra vez. Dice que tiene un demonio dentro. A las noches le oigo llamar a su mamá”.

Me senté en los barrotes que protegían esa institución total. Cerrada, vigilada, mientras los compañeros de Younes me explicaban cómo se encontraba él y, de alguna forma, también cómo estaban ellos. Me sentía como la niña estúpida que un día fui, la que llegaba llorando a casa porque había sacado un 8. ¿Qué era eso de tener el demonio dentro? Me despedí de los chicos de los barrotes, cogí mi bici y pedaleé unos metros. Cuando me aseguré de que no me podían ver ni escuchar, cogí mi móvil y llamé a la abogada de Younes.

“No sé mucho, Elisa. Estamos a la espera de la resolución de la denuncia que interpusimos a la Ciudad Autónoma. Estas cosas tardan”. Le conté que desde que había entrado en ese centro no lo había vuelto a ver y que siempre parecía enfermo. Le conté lo del demonio y lo de su mamá. Como Younes nunca faltaba a una cita jurídica, la abogada concertó una con él unos días después del suceso de la bici y el demonio. El objetivo era utilizar la cita jurídica como excusa para saber qué tal estaba.

Cuando entré en el despacho, Younes estaba sentado en la sala de espera. Estaba ojeroso y más delgado, pero se había puesto un chándal de marca a conjunto con sus zapatillas favoritas y olía muy bien, a colonia fuerte de chico. Me puse muy nerviosa.

¿Se pensaría que quería insistirle en la dichosa entrevista? Yo solo estaba preocupada, la tesis había pasado a un segundo plano. Cuando nuestras miradas se cruzaron vi en su cara una alegría genuina por verme. Nos abrazamos y nos sentamos en la sala de espera. Se le movían las piernas muy rápido. “¿Por qué estás aquí si tú tienes papeles?” me dijo bromeando. Lo abracé. Había estado tan preocupada por él. La abogada nos hizo pasar a su despacho. Comentó la situación jurídica de Younes por encima para centrarse en la pregunta que rondaba la sala.

“¿Cómo estás?”

“No duermo, no como, no me puedo levantar de la cama. A veces hablo solo, me lo dicen mis compañeros. Me estoy volviendo loco. Me han dado unas pastillas que en el momento me duermen, pero luego no me puedo levantar. Por eso nunca puedo salir del centro cuando quedamos. Me cuesta mucho. Me cuesta todo. Necesito salir de aquí. De Melilla”.

Salí de la reunión con el corazón encogido. ¿Cuánta injusticia puede soportar un cuerpo? ¿Cuánta hasta que se rompa? ¿Cuánta hasta que las venas se le agrieten? ¿Cuántas noches aguantará Younes aquí? ¿Cuántas? ¿A partir de cuánta negativa empezará a pensar que habría sido mejor no venir a España? ¿Lo habrá pensado ya? ¿Y si ha pensado en suicidarse? Sin embargo, después de haberse desahogado, Younes se sentía más ligero. “Venga, hagamos mañana la entrevista”.

¿Después de todo lo que habíamos conversado en la reunión tenía sentido hacer una entrevista? Por un lado, estaba en Melilla para hacer entrevistas. Por el otro, ¿significaba esto que Younes confiaba en mí?

Es que ya da igual, pensé. No tiene sentido. ¿Servía de algo mi entrevista? ¿Tenía algún sentido mi trabajo? Después de que Younes me hubiera abierto una puerta a su experiencia más profunda, de sufrimiento y de violencia, hacer una entrevista me parecía casi un insulto. Me quedé con el demonio, con echar de menos a su mamá, y con ese sufrimiento que siempre desbordaría una entrevista.

1.4 “Cómo citar los gritos?”. La quiebra del método

Aquella noche, al regresar a mi pequeño apartamento en Melilla, no pude evitar sentir el peso de la desesperación. La tesis, las entrevistas, todo se desvaneció ante la cruda realidad de un joven atrapado en un sistema que lo asfixiaba. Comprendí que mi trabajo no consistía en recoger datos, sino en amplificar voces. Y la voz de Younes resonaba en mi cabeza: un grito de auxilio que trascendía cualquier formalidad académica. ¿Cómo citar los gritos de Younes llamando a su mamá?

Si esto es lo que me tenía que enseñar la tesis, creo que ya lo he aprendido.

Conclusión

El recorrido etnográfico presentado en estas páginas evidencia que la frontera no es solo un límite cartográfico, sino un dispositivo de control biopolítico que se inscribe en el cuerpo de quienes la transitan. A través de la experiencia de Younes, se observa cómo la transición a la mayoría de edad – un hito que, en el marco de la Convención de los Derechos del Niño (CDN), debería simbolizar autonomía – se convierte en la frontera sur española en una trampa administrativa que condena al sujeto a la parálisis. La “bola de fuego” y el “demonio interno” no son patologías aisladas, sino las somatizaciones lógicas de un sistema de gubernamentalidad restrictiva que, como se ha expuesto, coloniza la movilidad juvenil preexistente para convertirla en una categoría de exclusión.

Este análisis, fundamentado en una etnografía multisituada, nos permite superar el nacionalismo metodológico que a menudo reduce estas trayectorias a simples estadísticas de extranjería. Al mirar hacia este punto de la frontera, lo que se revela es un escenario de tránsito donde la categoría MENA actúa como un paraguas que invisibiliza procesos migratorios diversos y complejos. El fenómeno tratado se inscribe en un panorama general de externalización de fronteras europeas, donde ciudades como Melilla funcionan como laboratorios de contención para una juventud que, procedente de diversas regiones de África, se enfrenta a la erosión de sus derechos al cumplir la mayoría de edad. Al acompañar estos itinerarios entre Marruecos, España y Francia se hace evidente que los jóvenes no son meros receptores pasivos de protección o violencia, sino actores que despliegan estrategias de resistencia y soberanía, incluso cuando estas se manifiestan a través del silencio o la interrupción.

Sin embargo, este trabajo también nos obliga a confrontar la quiebra de la metodología académica tradicional ante contextos de violencia estructural. Cuando la realidad del interlocutor está definida por el grito y la desesperación, la insistencia en la entrevista formal como herramienta extractiva de datos resulta insuficiente y éticamente cuestionable. La imposibilidad de “citar” el dolor humano subraya la necesidad de una academia que acepte el azar metodológico y la propia vulnerabilidad de la investigadora como fuentes legítimas de conocimiento.

En definitiva, frente a los discursos que deshumanizan a los jóvenes bajo etiquetas biopolíticas, este relato apuesta por una etnografía de la amplificación. Reconocer la interrupción y la indisposición no es un fracaso del trabajo de campo, sino un acto de compromiso. La labor antropológica en las fronteras debe trascender la recolección de información para convertirse en un espacio de denuncia y en un altavoz de aquellas voces que, como la de Younes, desafían la lógica del sistema con la cruda realidad de su existencia.

Bibliografía

- BECK, Ulrich; SZNAIDER, Natan. Unpacking cosmopolitanism for the social sciences: a research agenda. **The British Journal of Sociology**, v. 57, n. 1, p. 1-23, 2006.
- CUÉLLAR, Alejandro. Las texturas del silencio: Violencia, memoria, y los límites del quehacer antropológico. **Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales**, n. 9, p. 161-171, 2005.
- DE GENOVA, Nicholas. Migrant Illegality and Deportability in Everyday Life. **Annual Review of Anthropology**, v. 31, p. 419-447, 2002.
- DELANTY, Gerard. The cosmopolitan imagination: critical cosmopolitanism and social theory. **The British Journal of Sociology**, v. 57, n. 1, p. 25-47, 2006.
- EMPEZ VIDAL, Nuria. **Dejadnos crecer: menores migrantes bajo tutela institucional**. Madrid: Virus Editorial, 2014.
- ENSOR, Marisa O; GOZDZIAK, Elzbieta M. **Children and Migration: At the Crossroads of Resiliency and Vulnerability**. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2011.
- GONZÁLEZ ABRISKETA, Olatz. Azar y creatividad son cuestiones de método. **Ankulegi: gizarzte antropologia aldizkaria**, n 15, p. 47-56, 2011.
- GREEN, Linda. Living in a State of Fear. In: NORDSTROM, Carolyn; ROBBEN, Antonius (Org.). **Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival**. Berkeley: University of California Press, 2009. p. 105-127.
- HANNERZ, Ulf. **Conexiones transnacionales: cultura, gente, lugares**. Madrid: Cátedra, 1998.
- JIMÉNEZ ÁLVAREZ, Mercedes. **Intrusos en la fortaleza: menores marroquíes migrantes en la frontera sur de Europa**. Tesis (Doctorado en Antropología) – Universidad Autónoma de Madrid. Madrid. 2011.
- LEMS, Annika; OESTER, Kathrin; STRASSER, Sabine. Children of the crisis: ethnographic perspectives on unaccompanied refugee youth in and en route to Europe. **Journal of Ethnic and Migration Studies**, v. 46, n. 2, p. 315-335, 2019.
- M'CHAREK, Amade. Harraga: Burning borders, navigating colonialism. **The Sociological Review Monographs**, v. 68, n. 2, p. 418-434, 2020.
- MARCUS, George E. Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography. **Annual Review of Anthropology**, v. 24, n. 1, p. 95-117, 1995.
- MARMÍÉ, Cléo. **Aux frontières de l'enfance. Contrôle migratoire, souci de l'enfance et frontière de l'âge dans les parcours juvéniles du Maroc vers l'Espagne et la France**. Tesis (Doctorado) – EHESS. París, 2025.

MENDOZA, Karmele. **Adolescentes y jóvenes migrantes en Bizkaia: prácticas de vida y socialidad**. Tesis (Doctorado) – Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, 2017.

MONTEROS, Silvina. Reconfiguraciones del Estado de Bienestar español: El ejemplo de la intervención con menores extranjeros en desamparo o infractores. *In*: CORTÁZAR, Aihinoa Rodríguez García de; MONTERDE, Chabier Gimeno (Org.). **Las migraciones de jóvenes y adolescentes no acompañados: una mirada internacional**. Granada: Universidad de Granada, 2018. p. 87-118.

ORELLANA, Marjorie F *et al.* Transnational Childhoods: The Participation of Children in Processes of Family Migration. **Social Problems**, v. 48, n. 4, p. 572-591, 2001.

RODRÍGUEZ GARCÍA DE CORTÁZAR, Alba. Niños, niñas y adolescentes migrantes o refugiados «no acompañados» desde una perspectiva comparada. *In*: CORTÁZAR, Aihinoa Rodríguez García de; MONTERDE, Chabier Gimeno (Org.). **Las migraciones de jóvenes y adolescentes no acompañados: una mirada internacional**. Granada: Universidad de Granada, 2018. p. 29-60.

SUÁREZ-NAVAZ, Liliana; JIMÉNEZ ÁLVAREZ, María G. Menores en el campo migratorio transnacional: Los niños del centro (Drari d' sentro). **Papers: revista de sociología**, v. 96, n. 1, p. 11-33, 2011.

UNICEF. **Convención sobre los Derechos del Niño**. 2006. Disponible en: <https://www.un.org/es/events/childrenday/pdf/derechos.pdf>. Consultado el: 16 de abril de 2024.

WIMMER, Andreas; GLICK SCHILLER, Nina. Methodological nationalism and beyond: nation-state building, migration and the social sciences. **Global Networks**, v. 2, n. 4, p. 301-334, 2002.